

Denia, y el duque de Medinasidonia llevando consigo la gente de sus estados, dinero para los gastos de la guerra, y multitud de galeras con provisiones, de modo que llegó á subir el número de los cristianos del cerco á setenta ú ochenta mil.

A pesar de todo cumplió su palabra el terrible Hamet. La bandera santa desapareció de Gibralfaro; era el anuncio del combate; el pendon habia pasado á manos del alfakí, que arengaba frenéticamente á las tropas puestas en órden por Hamet. Asi salieron de la ciudad, marchando á la delantera de los gomeles el fanático predicador. Terrible y furiosa fué la primera acometida de los feroces africanos á las estancias de los maestros de Santiago y de Alcántara, cuyas trincheras lograron arrollar. Un cronista español contemporáneo refiere y pondera un rasgo de humanidad que tuvo en esta ocasion Ibrahim Zenete que mandaba la espedicion. Habiendo hallado en una tienda algunos jovenzuelos cristianos, quedáronse estos absortos á la presencia del formidable guerrero musulman, y cuando ellos temian por su vida, tocóles Ibrahim suavemente con el asta de su lanza y les dijo: «*Ea, muchachos, id con vuestras madres.*» Reconviniéndole luego los otros moros por qué los habia dejado ir con vida, añadió el cronista (vertiendo al castellano de su tiempo las palabras del sarraceno) que les respondió: «*Non los maté, porque non vide barbas.*» Supiéronlo los cristianos, y aplaudieron to-

dos el hidalgo proceder del musulman <sup>(1)</sup>. Repuestos los castellanos, y socorridos por algunos caballeros, hicieron cejar á los feroces gomeles y defendieron heroicamente el paso por donde Hamet el Zegri intentaba penetrar hasta el pabellon real con intencion de apoderarse de los reyes. Una piedra lanzada por una catapulta aplastó la sien y cortó la palabra y la vida al fervoroso alfakí que con su bandera en la mano, exhortaba á los infieles y les prometia la victoria. La muerte del pseudo-profeta desalentó á los moros, aglomeráronse fueras cristianas, y los fieros gomeles tuvieron que volver la espalda á refugiarse en la poblacion, con pérdida de muchos de sus mas bravos campeones. Desacreditóse con esta derrota Hamet el Zegri, tanto que temiendo la exasperacion y la saña del pueblo se encerró con algunos gomeles en Gibralfaro, donde en un arrebató de cólera estuvo tentado á bajar con sus soldados á la ciudad, matar á los niños, á los viejos y á las mugeres, incendiar la poblacion, y arremeter en seguida á los cristianos hasta vencer ó morir. Pasado que le hubo este loco frenesí, determinó defenderse cuanto pudiera en el castillo, y abandonar á su propia suerte la poblacion <sup>(2)</sup>.

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 84.

(2) Pulgar dice que se retiró á la Alcazaba, lo cual no es verosímil. «Y el dolor (dice) que se ovo en la cibdad de aquel vencimiento, é los llantos de los homes é de las mugeres que facian por los muertos é por los feridos, fué tanto grande, que aquel capitan principal no osó estar en la cibdad, é se retraxo al Alcazaba; é dixo á los moros, que ficiesen partido de entregar la cibdad con todas sus fortalezas al Rey é á la Reyna.» Crónica, p. III., c. 92.

Tan pronto como los malagueños se vieron libres del tiránico yugo de Hamet el Zegrí, acosados también por el hambre horrorosa que se padecía, acordaron que una comision de moros principales, á cuya cabeza habia de ir el opulento comerciante Alí Dordux que siempre habia sido el primero en estas comisiones, saliera á proponer á los reyes de Castilla la entrega de la ciudad, con tal que les diesen seguro para sus personas y bienes, y les permitiesen pasar á Africa ó vivir como mudejares en Castilla ó Andalucía. Respondióles Fernando por medio del comendador mayor de Leon, que era ya muy tarde y habian sido demasiado obstinados para obtener tan ventajosas condiciones; y puesto que solo el hambre los obligaba á capitular estuviesen á lo que el rey quisiese hacer de ellos, «conviene á saber, los que á la muerte, á la muerte, é los que al captiverio, al captiverio.» Comunicada por los emisarios tan dura respuesta á los vecinos de la ciudad, enviaron á decir, que si no se les concedia seguro para sus personas, colgarian de las almenas hasta quinientos cristianos, hombres y mugeres que tenian cautivos, pondrian fuego á la poblacion, arrojarian á las llamas sus familias, y saldrian todos á morir matando cristianos, de tal manera que el hecho de Málaga resonara en todos los siglos y en todos los ámbitos del mundo. Fernando se mantenía en su primera respuesta, añadiendo que si mataban un solo cristiano, no quedaria un moro en la

ciudad que no fuese pasado á cuchillo. Al fin acordaron enviar catorce representantes de los catorce barrios en que la ciudad estaba dividida, con una carta para los reyes que comenzaba: «Alabado Dios Todopoderoso. A nuestros señores, á nuestros reyes el rey y la reina, mayores que todos los reyes y todos los príncipes, ensálceos Dios; encomiéndanse en la grandeza de vuestro estado, y besan la tierra debajo de vuestros pies vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes y pequeños; remediélos Dios, y despues desto, ensálceos Dios. Vuestros servidores suplican á vuestro estado real, que los remedie como conviene á vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de ellos, segun hicieron vuestros padres y vuestros abuelos los reyes grandes y poderosos, etc.»

No obstante lo humilde de esta carta, algunos capitanes cristianos proponian que se hiciese en los moros malagueños un degüello general para que sirviese de escarmiento á otros. Opúsose la reina Isabel á tan sanguinaria proposicion, diciendo que no permitiria que sus victorias se empañaran con tales actos de crueldad, y Fernando les contestó que no cumplia á su servicio recibirlos de otra manera que entregándose á discrecion, «salvo dándoos á mi merced.» Alí Dordux inclinó á los malagueños á que aceptáran en estos términos la rendicion. En su virtud, entregados al rey veinte nobles y principales moros en rehenes,

concedida licencia de permanecer en Málaga como mu-  
dejares á cuarenta familias designadas por Alí Dor-  
dux, quedando todos los demas cautivos hasta que  
comprasen su rescate en determinado plazo y canti-  
dad, pasó el comendador mayor de Leon á tomar po-  
sesion de aquella ciudad tan heroicamente defendida;  
tras él entraron varios cuerpos de tropas; plantáronse  
cruces y estandartes en los baluartes y torres; á su  
vista los prelados y clérigos entonaron arrodillados el  
*Te Deum*; guarneciéronse las torres y fuertes; se hizo  
un empadronamiento de los moros y se les obligó á  
entregar las armas; doce cristianos traidores de los  
que se habian pasado del real fueron asaeteados con  
cañas; los ancianos y mugeres se lamentaban por las  
calles, exclamando, dice el cronista, con lastimera voz:  
«¡Oh Málaga, ciudad nombrada é muy hermosa! ¿Cómo  
»te desamparan tus moradores? ¿Dó está la fortaleza  
»de tus castillos? ¿Dó está la hermosura de tus torres?  
»¿Qué farán tus viejos é tus matronas? ¿Qué farán las  
»doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vie-  
»ren en dura servidumbre? ¿Podrán por ventura los  
»cristianos tus enemigos arrancar los niños de los  
»brazos de sus madres, apartar los fijos de sus pa-  
»dres, los maridos de sus mugeres, sin que derramen  
»lágrimas?» (1).

Continuaba Hamet el Zegrí encerrado en su cas-  
tillo de Gibralfaro: mas como no hubiese quien le

(1) Pulgar, p. III., c. 93.

ayudára á prolongar su resistencia, fué aprisionado  
por un hijo del mismo Alí Dordux, que cargó cruel-  
mente de grillos y cadenas al altanero caudillo, y así  
fué llevado despues á la fortaleza de Carmona. Ni un  
momento le abandonó su espíritu al valeroso mu-  
sulman: digno era de mejor causa y de mejor trata-  
miento el heroico defensor de Málaga. El rey y la  
reina no quisieron entrar en la ciudad hasta que se  
limpió de los insepultos cadáveres que infestaban con  
su fetidez la atmósfera, y hasta que se purificó y con-  
sagró la mezquita principal. Entonces hicieron su en-  
trada solemne, acompañándolos en brillante procesion  
la córte, los prelados, todo el clero que habia asis-  
tido á la campaña, incluso el venerable cardenal Men-  
doza, con cruces y pendones, y dirigiéndose al nuevo  
templo, postrados todos dieron gracias al Dios de  
los ejércitos por el glorioso triunfo que les habia  
concedido (20 de agosto). El espectáculo que mas  
enterneció á todos, y muy especialmente á los reyes,  
fué el de los seiscientos cristianos que despues de  
muchos años de cautividad se presentaron recién  
sacados de las mazmorras, con sus rostros maci-  
lentos, su larga barba, sus miserables harapos que  
apenas cubrian sus injutos cuerpos, y sus brazos y  
pies señalados por los hierros. Estos infelices, derra-  
mando lágrimas de alegría, quisieron prosternarse  
ante los soberanos sus libertadores, pero ellos, alzán-  
dolos cariñosamente, no consintieron aquella humil-

de demostracion, y contentándose con darles á besar sus reales manos, los despidieron enternecidos, mandando que se les suministrase alimento en abundancia y se les proveyera de medios para que pudiesen regresar al seno de sus familias y antiguos hogares. Los reyes erigieron á Málaga en silla episcopal, nombrando por primer prelado á su limosnero el docto y honrado don Pedro de Toledo, canónigo de Sevilla, sujetando á la diócesi varias villas y territorios de la costa, de la serranía de Ronda y de la Ajarquía. Se fijó tambien su jurisdiccion civil; se tomaron medidas para repoblar una ciudad que iba á quedar desierta de sus antiguos moradores, y se concedieron tierras y heredades á los cristianos que quisiesen habitarla.

Habiase hecho saber al pueblo congregado en los patios de la Alcazaba la terrible sentencia de su esclavitud, y llegó el caso de cumplirla. Los desventurados moros malagueños fueron repartidos como manadas de ovejas en tres porciones: de ellas una se destinó para rescate de cristianos cautivos en Africa; otra tercera parte se distribuyó entre los nobles, caballeros, capitanes y oficiales que habian concurrido á la conquista; la restante se aplicó á indemnizar al tesoro de los gastos hechos para la guerra. Al papa le fueron enviados cien Gomeles, cincuenta doncellas moriscas á la reina de Nápoles, y otras treinta á la de Portugal: muchas tomó la reina para sí, y otras regaló á las damas y dueñas de su servidumbre. Conce-

diase el rescate al que entregara treinta doblas dentro del improrogable plazo de ocho meses <sup>(1)</sup>.

Tal y tan trabajosa fué la conquista de la opulenta Málaga, y su defensa una de las más heróicas y brillantes que hicieron los guerreros del islamismo. Los reyes de Castilla, dueños ya de la costa occidental del reino de Granada, tomadas las medidas que hemos apuntado y otras conducentes al gobierno de la recién conquistada ciudad y su territorio, regresaron con su victorioso ejército en la estacion del otoño á Córdoba, donde fueron recibidos en medio de aclamaciones populares, y se prepararon á emprender nuevas y todavía mas gloriosas campañas.

(1) Duras fueron en verdad las condiciones, y cruel el castigo que se impuso á una poblacion cuyos moradores en su mayor parte no habian hecho sino defender heróicamente sus vidas, haciendas y lugares, muchos de ellos forzados por los rigurosos y tiránicos bandos de su gobernador. Esto da ocasion á William Prescott para mostrarse indignado contra los autores de tan inhumano tratamiento, de que culpa principal-

mente al rey Fernando y al clero, y no exime á la reina Isabel del cargo de haberlo consentido, si bien reconociendo que tan terribles medidas eran opuestas al carácter naturalmente piadoso, humanitario y compasivo de aquella señora, la disculpa en parte con la supersticion de la época y con el respeto que solia tener al dictamen de sus consejeros y directores espirituales. Hist. de los Reyes Católicos, cap. 13.